

En todas las naciones europeas habia entonces, como se sabe, un ejército permanente y reglamentado, y sujeto á la mas severa disciplina, cuyos gefes todos, desde el cabo de escuadra hasta el capitan general, eran nombrados por el gobierno, ó inmediatamente, ó en su nombre y con su aprobacion por los respectivos comandantes de los cuerpos. En algunas partes, como en España, habia ademas ciertos regimientos formados y organizados bajo la misma planta que los de línea, pero que no servian sino cuando eran llamados en circunstancias extraordinarias, y solo se reunian en ciertas temporadas para ejercitarse en el manejo del arma y en las evoluciones militares. Y á lo mas habia tambien en algunas ciudades unas cuantas compañías de milicia urbana, la cual unida con los inválidos cuidaba de mantener el orden á falta de guarnicion permanente. En consecuencia, toda la fuerza armada estaba en manos y á disposicion del gobierno. El ejército de línea, porque él le formaba y reformaba como tenia por conveniente; porque de él recibia la paga, las raciones, el vestuario y armamento; porque la oficialidad era su hechura, y de él solo se esperaba sus ascensos y recompensas. La milicia provincial, porque puesta sobre las armas quedaba sujeta á la ordenanza general, y porque los oficiales, aunque elegidos entre las personas hacendadas y distinguidas de las provincias, debian al gobierno esta honrosa distincion; y si bien eran mas libres para retirarse que los del ejército per-

manente, estaban tan sujetos como éstos al príncipe ó magistrado supremo mientras no dejaban la charretera, el baston ó los galones. La milicia urbana, sobre ser poco numerosa, era tan insignificante, que solo existia en algunos pueblos, y aun allí para nada ó para muy poco se contaba con ella, y de todos modos dependia únicamente del gobierno ó algun magistrado nombrado por éste; y su oficialidad recibia tambien el título ó la patente del gefe militar á quien tocaba esta eleccion. De aquí resultaba, que en resolucion y bien examinado el punto, no habia en las naciones un cuerpo armado á quien el gobierno no hubiese puesto las armas en la mano; que ninguno podia hacer uso de ellas sino á la voz de gefes nombrados por él, de órden suya, y para los fines que él se proponia; y que en consecuencia, todo militar era fiel, ciego y obediente ejecutor de la voluntad del príncipe ó gobernante supremo del Estado. De aquí resultaba tambien que la fuerza armada era, como debe ser, el firme baluarte del gobierno establecido, y el enemigo mas formidable de los revoltosos y perturbadores del orden, cualquiera que fuese el color de su librea; y que si algun pueblo ó provincia se levantaba contra la autoridad legítima, pronto acudian las bayonetas á sujetarla y ponerla de nuevo bajo el imperio de la ley. Y si algunos paises, como la Holanda, Portugal y los Estados-Unidos, lograron sustraerse á la antigua dominacion, fué porque al cabo de algun tiempo llegaron á crear un ejército re-

gular, y tomaron auxiliares á su sueldo, ó llamaron á su socorro tropas veteranas de otras naciones interesadas en sostener su rebelion.

Bien conocieron, pues, los hombres turbulentos que en el siglo último se coligaron para destruir las monarquías europeas, trastornar el orden establecido, y regenerar el mundo entero reduciendo á práctica las absurdas teorías imaginadas por ciertos entusiastas y acalorados soñadores; bien conocieron, digo, que jamas podrian realizar su desatinado y abominable proyecto, si no empezaban por desacreditar, corromper, destruir y aniquilar los ejércitos y las tropas regladas y existentes; y, por si esto no se conseguia del todo, si no lograban crear una fuerza popular independiente de los gobiernos, interesarla en su favor, y acaudillarla ellos mismos para derribar, apoyados en ella, todos los tronos de la tierra, y aun todos los gobiernos que no fuesen democráticos á su modo. A este fin les prepararon el camino los pseudos-filósofos del partido, honrando siempre á los militares reglamentados con los títulos de satélites de los tiranos, apoyos del despotismo, azote de las naciones, genízaros asalariados, máquinas con fusil, autómatas sin voluntad, héroes de cinco sueldos (ochó cuartos y medio), y otras muchas lindezas de este género. Luego se pasó á pintarlos como la causa única de la ruina de los estados, se exageró su coste, se atribuyó la despoblacion á su celibato, y se procuró hacerlos sospechosos á los mismos príncipes cuyos tronos defendian, y

odiosos á las naciones cuya paz interior y exterior aseguraban. Para lo primero sirvió muy bien el ejemplo de las cohortes pretorianas y el de los genízaros de Constantinopla, que no dejó de citarse, aunque uno y otro nada probaban en buena lógica contra los modernos ejércitos europeos; y para lo segundo no se dejaron tambien de desenterrar los huesos de los guerreros ciudadanos de Maraton, las Termópilas, y Platea. A esto se añadió la comparacion entre las legiones de Mario, Sila, Pompeyo, César, Antonio y Augusto con los virtuosos ejércitos de los Brutos, Valerios, Camilos, Decios, Cincinatos y Fabricios; éstos fundaron ó sostuvieron la libertad, y aquellas la destruyeron. Mas como la erudicion histórica no está al alcance del populacho, que no sabe si Maraton y Platea son ciudades ó provincias de la China, se echó manó de la sátira y lo ridículo; y por desgracia la afeminada corrupcion de algunos oficiales corrutacos del último tiempo, sus relajadas costumbres, la venalidad de algunos grados, y otros abusos que en la milicia, como en todas cosas, se habian introducido, fueron muy buenos temas para generalizar la opinion de que el soldado era una carga del Estado, inútil, pesada, y al mismo tiempo despreciable; y que era necesario volver á la sencillez de los tiempos republicanos de la Grecia y de la antigua Roma, en los cuales todo ciudadano hábil era soldado de oficio, pero solo tomaba las armas cuando el enemigo invadia el territorio; iba, le vencia, y se volvía tan conten-

to á manejar la esteva ó el azadon. Todas estas maquinaciones no bastaron sin embargo: los príncipes se obstinaban en tener guardias que custodiasen sus palacios y defendiesen sus personas; y sus infames cortesanos, es decir, los que deseaban la conservacion del trono, les habian hecho creer que en el estado actual de los conocimientos humanos el arte de la guerra se habia hecho una profesion difícil que requeriria un largo y larguísimo aprendizaje; y que si ahora vinieran al mundo, no ya los trescientos de Leónidas, sino los diez mil de Maraton y los cuarenta mil de Platea, y el mismo Aquiles con los cien mil valientes que asolaron la orgullosa Troya, serian envueltos, derrotados, deshechos y aniquilados en pocas horas por un par de divisiones, que sostenidas de unas cuantas baterías supiesen dar cuatro de esas vueltas á la prusiana que llaman evoluciones y maniobras. Fué, pues, necesario al estallar la revolucion, ganar ante todas cosas á estos mismos autómatas con fusil, acariciándolos con el lisonjero título de ilustres defensores de la patria, halagándolos con la esperanza de que algun dia serian llamados ciudadanos cabos y sargentos, y prometiéndoles por añadidura el reinado de la igualdad, el tierras, y á mal andar el saqueo de los ricos propietarios y comerciantes. Pero por si todo esto no alcanzaba, se añadió el último y mas importante recurso, que fué el de armar en masa al paisanaje, para que con su número oprimiese y aniquilase las mercenarias falanjes del tirano. y

ya se deja entender que al ponerle las armas en la mano, y al formar las compañías y batallones de esta milicia ciudadana, se tendria buen cuidado de que el desgraciado príncipe que debia descender del solio, no elijiese y nombrase los comandantes, oficiales, sargentos y cabos, y de que organizada ya la fuerza no estuviese á las órdenes del gobierno superior, sino de los magistrados populares de su distrito.

Ya se conocerá que hablo de la guardia nacional, creada, organizada republicanamente, y desde su nacimiento empleada por la asamblea de Francia para derribar el trono; y nadie habrá tan ignorante y forastero en la historia de las calamidades y los horrores de la revolucion francesa, que no sepa que sin esta invencion filosófica, ni se hubiera planteado la constitucion de 1791, ni el sol hubiera visto el luctuoso y ensangrentado 10 de Agosto de 1792, ni en el ilustrado siglo XVIII se hubiera dado el escándalo de la septembrizacion, ni el bondadoso y nimiamente confiado Luis XVI y su inocente familia hubieran regado el patíbulo con su preciosa y augusta sangre, ni la de seis millones de hombres hubiera corrido inútilmente por los cadalsos y en los campos de batalla, ni la Europa hubiera sido teatro de tantos y tamaños desastres como ha sufrido, ni la América española y portuguesa estarian hoy entregadas á la devastacion y anarquía, ni nuestra infeliz patria hubiera sido invadida por Bonaparte, ni nuestro príncipe hubiera sido arrastrado prisionero desde la ca

pital hasta la aduana de Cádiz, ni la generacion actual se veria espuesta á las horribles convulsiones que todavia amenazan, ni las venideras serian víctimas de los males que acaso les aguardan, y en cuya comparacion habrán sido los nuestros ligeros ensayos, sombras pasajeras y simples imitaciones teatrales. Si es preciso predicarlo en alta voz para desengaño de los reyes y de los pueblos: la sabia, filantrópica y liberalísima invencion de la guardia nacional, ha sido, es y será, donde quiera que se introduzca, el poderoso agente de las revoluciones populares, el instrumento de los demagogos, y la máquina de que se valdrán los jacobinos para acabar con todas las monarquías. Bien cerca y bien á nuestra costa hemos temido la prueba. ¿Cuál fué el primer cuidado de los perjuros de 1820, apenas pudieron tremolar impunemente el estandarte de la rebelion? Crear, fomentar á toda costa y organizar á la francesa la guardia nacional española, bajo el engañoso título de milicia local y voluntaria. Dueños eran del ejército de la isla, corrompidole habian, contaban con la casi totalidad de los otros cuerpos, las logias encendian y atizaban por todas partes el fuego voraz del jacobinismo, y mil escritos abortados por el Averno avivaban y propagaban rápidamente la llama devoradora; pero bien sabian los caudillos de la faccion que todo esto era insuficiente para llevar á cabo su atrevida y fatal empresa, y que nada habian hecho mientras no tuviesen á sus órdenes una fuerza armada, independiente del

monarca. Conocian que el ejército, aunque engañado y seducido por sus malas artes, podia tarde ó temprano reconocer y detestar su extravío; que á la voz del honor y á la de los antiguos y respetados gefes que no habian doblado la rodilla ante el ídolo de Baal, podia volver á la senda de la fidelidad y la obediencia; que estando á disposicion de los gobernantes, éstos mismos por su interes, ó tendrian que disolver el de la isla, ó procurarían contenerle en sus furros anárquicos, y que de todos modos los reemplazos anuales podrian traer á las filas veteranas quintos no corrompidos ni empeñados todavia en la carrera del crimen. Era, pues, necesario precipitar en ella á la incauta y novelera juventud, alistar en las banderas revolucionarias los hombres turbulentos y corrompidos de toda la Península, habituarlos insensiblemente á despreciar al monarca, para que algun dia llegaran hasta insultarle y amenazarle; y en suma, era indispensable para sus planes contar con un millon de hombres mandados por oficiales elegidos por sus soldados, amovibles y dependientes de aquellos mismos que momentáneamente debian obedecerles: en una palabra, un ejército no sujeto al rigor de la disciplina, y solamente dócil á la voz de los masones y jacobinos que compusieron los ayuntamientos de todo el reino.

Afortunadamente la iniquidad revolucionaria no ha sacado de tan funesta institucion todo el fruto que se proponia, porque la España no estaba tan preparada para la revolucion como

ellos necesitaban; porque en muchísimos pueblos no puede aclimatarse esta planta traspirenaica; porque en otros muchos no correspondió á la esperanza de sus autores; porque tres años eran un tiempo demasiado corto para demoralizar á una generacion educada en otros principios; y porque la pronta intervencion de la Europa no ha dado lugar á que madurasen los amargos frutos que ya empezaban á sazonarse. Pero que el reinado de los pedantes hubiera sido mas largo; que el reglamento de la milicia local proyectado en la penúltima legislatura, y que en parte abortó por prematuro, hubiera llegado á plantearse; que hubieran desaparecido, como ya se consiguió en parte el 7 de Julio, los pocos restos del antiguo ejército que aun daban algun cuidado; y al fin hubiéramos visto en todas las ciudades cohortes como las seccionarias de Paris, y hubiéramos tenido nuestro 10 de Agosto, y ¡quién sabe si en seguida nuestro 21 de Enero!

¿Y qué resulta de estos hechos recientes, notorios, públicos é innegables? Una leccion general para los reyes, y una mas particular para el de España, que hoy reina como por milagro. Aquella se reduce á que jamas y con ningun pretesto permitan tomar las armas al indisciplinado paisanaje sino á falta de tropas regladas, ó en el caso de que en una invasion estrangera sea preciso que todos los hombres hábiles acudan á la defensa de sus hogares; y esta, á que siendo necesario disolver el ejército permanent

para formarle de nuevo bajo el pié de la antigua y severa disciplina, se conserven por ahora los cuerpos de voluntarios realistas, pero mandados por oficiales que el mismo rey designe, ó en su nombre los comandantes militares de los distritos y provincias; que no estén bajo las órdenes de los magistrados civiles, sino en ocurrencias locales y repentinas, y siempre con sujecion á lo que despues resuelva el comandante militar; y sobre todo, que llegado el dia en que haya un ejército permanente con el cual pueda contarse, una buena y numerosa gendarmeria, y una milicia provincial tan honrada, fiel y valiente como la que hubo en tiempos menos afilosofados, se disuelvan los cuerpos no reglados de cualquiera clase y denominacion que fueren; se les recojan las armas; y agradeciendo y premiando con honrosas distinciones sus importantes servicios, se les mande volver á sus ocupaciones ordinarias.

La razon para los reyes en general es, que los batallones llamados nacionales, es decir, compuestos del puro, inesperto é indisciplinado paisanaje, solo pueden prestar algun servicio á falta de tropas regladas; y conservados fuera de este caso, es muy temible que hagan uso de sus armas para sostener los partidos, y sean éstos del color que fueren. Dos son los objetos de la fuerza armada: mantener la paz y el orden en lo interior del país, y defenderle contra los enemigos de fuera; y ni una ni otra cosa pueden hacer tan bien como los cuerpos de linea las llamadas guardias nacionales. Ambos extremos están de

mostrados por la experiencia. Para la policía interior está probado que una compañía de gendarmes vale y hace mucho mas que un regimiento de nacionales; y para pelear en campaña contra enemigos extranjeros, los hechos han desmentido, como siempre, las teorías de los novadores. Invadida la Francia en 1792, la salvaron los restos del ejército veterano, y no los cuatro millones de sus guardias nacionales: éstos solo fueron valientes contra el abandonado monarca, y solo tuvieron habilidad para arrancarle de su palacio, degollar, siendo mil contra uno, á su fiel guardia suiza, y acompañarle al cadalso. Invadida de nuevo en 1793 y acosada por todas partes, la salvaron tambien, no las cohortes populares de las secciones de Paris y de los departamentos, sino los catorce ejércitos levantados por conscripcion, distribuidos en brigadas, organizados militarmente, sujetos á severa disciplina, y obligados á marchar á la frontera bajo las órdenes de antiguos oficiales y sargentos. Bisoños al principio los conscriptos, se hicieron veteranos con el tiempo; y solo entonces llegaron á ser el terror de sus enemigos. Y á fé mia que cuando los ejércitos reglados antiguos y amaestrados durante veinte años por el uso continuo de la guerra, hubieron desaparecido entre los hielos de Rusia, los cuatro millones y medio de sus guardias nacionales no preservaron á la Francia de la invasion extranjera, ni estorbaron que los rusos, austriacos y prusianos penetrasen hasta Paris; y si alguno les disputó el terreno

todavía y les opuso alguna resistencia, fueron los restos de línea y de la guardia imperial, no los buhoneros de las ciudades, los mancebos de mercader, y los oficinistas del gobierno. No hay que cansarse: hacer la guerra es un oficio, y es menester aprenderle, y no se aprende tan pronto. Sobre todo, es necesario que los soldados sean mandados por oficiales que sepan su obligacion, y este aprendizaje es todavía mas largo. Además, la ciencia y el valor son nada, como se sabe, sin la mas severa y rigurosa disciplina; y ésta ni la tienen ni la tendrán nunca los que fuera de la guardia, que les suele tocar de mes en mes, viven siempre en el regalo, y lo que es mas, en la independenciam de su casa. El soldado ha de ser soltero, ha de estar acuartelado, ha de tener arregladas, distribuidas y ocupadas todas las horas, ha de estar casi siempre á la vista de sus gefes: éstos han de tener sobre él una autoridad punto menos que despótica, no le han de deber nada, han de ser independientes de sus caprichos, y en toda ocasion se le han de mostrar como superiores. Dígase ahora de buena fé si una sola de estas condiciones se verifica en las milicias locales, aunque no sean voluntarias, suponiendo que estén organizadas por el jacobínico modelo de la guardia nacional á la francesa. 1º Los mejores soldados son casados, y los restantes hijos de familia, criados ó dependientes de los primeros. 2º Todos viven en sus respectivas casas, y concluido el servicio cesa toda dependencia y subordinacion respecto de

sus gefes y oficiales. 3.º Cuando no están de fatiga, sus horas son todas suyas, y las emplean como mejor les parece, sin que los oficiales sepan siquiera si existen. 4.º Estos son nombrados por los mismos subalternos, son y se dicen sus iguales, les deben aquella temporal distincion de la charretera, tienen que mandarles como quien suplica, mimarlos, contemplarlos, y ceder á sus caprichos cuando se empeñan en una cosa; y si quieren tomar el tono alto de la autoridad, son al punto desobedecidos, si ya no son apaleados. ¡Y con semejante tropa se quiere hacer la guerra á ejércitos veteranos! Ya, por dicha nuestra, lo han visto los pedantes gaditanos. ¿De qué les ha servido para defender el sagrado código los ochocientos mil voluntarios nacionales, aun sostenidos por los quinientos mil hijos de Padilla? ¿Qué han hecho estas legiones ciudadanas? Echar á correr y esconderse cada cual en su guarida. Y la tan decantada victoria del 7 de Julio ¿á quién se la debieron? ¿á los milicianos? Disparate: al aturdimiento é insubordinacion de los guardias españoles, á los cañoneros y á los artilleros que los manejaban, y á la tropa de línea que hizo armas contra los batallones del Pardo.

En órden á la segunda observacion, no se crea que yo desconozco el servicio que actualmente están haciendo los voluntarios realistas; al contrario, confieso que mientras no haya un ejército afiel, y sobre todo una buena y numerosa gendarmería, porque á mi juicio por aquí debe empe-

zarse, conviene conservar, fomentar y proteger á los honrados y leales voluntarios que tan gratuitamente están haciendo el servicio interior de los pueblos en que no hay tropa reglada, ya nacional, ya extranjera. Lo que digo es, que cuando las circunstancias hayan permitido formar un lucido cuerpo de gendarmas, tanto de á pié como de á caballo, y una hermosa guardia real sobre el pié de la francesa; cuando se hayan restablecido los regimientos de milicias provinciales, segun nuestra antigua usanza, aumentando mucho su número, porque esta tropa, sacada á campaña, se hace pronto veterana, precisamente porque los soldados no son padres de familias, y cuando se tenga ya un ejército de línea no muy grande, pero muy bien escogido y disciplinado: en este caso seria injusto, inútil y acaso perjudicial, conservar cuerpos de voluntarios, cualquiera que sea su título, ni milicias locales forzadas parecidas á la guardia nacional. Seria injusto, porque pasada la necesidad es una injusticia notoria no dejar libres, para que esclusivamente se entreguen á sus antiguas ocupaciones, al labrador, al artesano, al comerciante y al empleado. Cada uno de ellos, cumpliendo con sus respectivos deberes, hace un servicio mas importante que luciendo por las calles el uniforme y el chacó. Seria inútil, porque habiendo ya por lo supuesto tropa reglada, y pagada para ello, que cuide del órden interior de las grandes poblaciones, es inútil molestar con guardias y retenes á hombres que tienen que cuidar de sus

negocios particulares. Seria acaso perjudicial, porque, no nos engañemos, un paisanaje libre y armado, aunque hoy defienda la buena causa, puede mañana volver sus armas contra el trono si las circunstancias varían. Una providencia del gobierno que disguste en las provincias, el aumento de las contribuciones, que es indispensable, las ocultas maquinaciones de los liberales, que sin cesar están minando el edificio de la legitimidad, masones y comuneros introducidos en las filas, resentimientos particulares, ambiciones no satisfechas, esperanzas frustradas, pueden convertir en enemigos del trono á muchos de los que hoy se llaman sus defensores. No hay que cegarse, ni obstinarse en sostener lo contrario: este es el hombre, y la historia de todos los siglos y países acredita que el populacho es inconstante, y que los mismos que hoy maldicen á los negros, mañana cantarán el trágala, si ya no es que algunos de ellos le cantaron en su tiempo. Los mismos mismísimos franceses que cuando Enrique IV era vencido gritaban: *vive la Ligue*, se deshacían á gritar *vive le Roi* cuando le vieron triunfante: los mismos que en nuestros dias pedían la muerte y estermínio de los Capetos, dicen ahora á voz en grito: "vivan y reinan los Borbones;" y entre nosotros, ¡cuántos de los que blasfemaron diciendo: "viva el santísimo Riego," cuando iba en la carretela, habrán pedido su muerte cuando le vieron caído y apisionado! ¡Príncipes de la tierra, no os feis nunca de los aplausos populares! Ya sabeis que el

mismo pueblo de Jerusalem que el domingo dice *Hosanna*, dirá el viérnes *tolle, tolle*.

§. III.

Proteccion contra las vejaciones que pueden causar á los particulares lo magistrados y oficiales públicos.

Estas, como se sabe, pueden ser innumerables. Todo empleado, si abusa de la porcion de autoridad que le ha sido confiada, puede incomodar y vejar á los simples particulares. Desde el ministro que recibe con desagrado y trata con aspereza al infeliz pretendiente, hasta el último subalterno empleado en aquel ramo, todo hombre público, así como puede hacer algun bien, puede tambien causar cierta cantidad de mal á los que mas ó menos están sujetos á la autoridad que ejerce. Los jueces y sus curiales, los empleados de hacienda, los encargados de policía, los militares de todos grados, los magistrados municipales, todos, todos pueden ocasionar, y ocasionan muchas veces, molestias, incomodidades y vejaciones, no necesarias ni merecidas, á cualquiera de aquellos individuos á los cuales se estiende la esfera de su poder: y no hay duda en que las leyes deben prevenir del modo posible estos perjudiciales abusos, y castigarlos con severidad cuando no alcanzaron á prevenirlos. Pero no son precisamente estas vejaciones ilegales contra las que la sociedad debe ponerse á cubierto por el principio de la seguridad personal; son las que con la ley en la